
El miedo a escribir

Como en todas las iglesias de los santos, las mujeres cállense en las asambleas porque no les toca a ellas hablar sino vivir sujetas, como dice la Ley. Si quieren aprender algo que en casa pregunten a sus maridos, porque no es decoroso para la mujer hablar en la Iglesia.

SAN PABLO DE TARSO
Epístola a los Corintios, 14, 34-35

Con esta frase y otras parecidas, el cristianismo, religión que remonta su genealogía de obispos hombres hasta la misma figura de un Dios masculino, definió durante siglos el papel que se esperaba de las mujeres dentro de la sociedad. Podríamos pensar que ellas, excluidas del sacerdocio, de la predicación, de la manipulación directa de lo divino y por lo tanto del verbo, no pudieron decir mucho sobre sí mismas durante los siglos de dominio eclesiástico. Sin embargo, nos quedan bastantes textos de mujeres de esas épocas (y los de nuestra sor Juana Inés de la Cruz son un ejemplo), que crearon espacios, aunque fragmentados, a través de los cuales podemos reconstruir el discurso femenino sobre la mujer y la sociedad. El libro de María Milagros Rivera nos

abre, en este sentido, un universo de sorpresas.

La obra, que no pretende agotar la literatura femenina medieval, ha seleccionado ocho temas que se ilustran con otras tantas figuras de mujeres cuyos textos son significativos, tanto para la época en que fueron escritos, como para la nuestra. Cada capítulo nos lleva cronológicamente, a través de una serie de problemáticas sustentadas en los testimonios de las escritoras medievales, hacia temas centrales para la construcción de un espacio de lo femenino, espacio que aún se está haciendo, a partir de la experiencia histórica. Por tanto, la lectura que la autora hace de estos textos se vuelve totalmente novedosa, pues no solamente nos los descubre y analiza dentro del contexto en el que fueron escritos, sino que también nos habla de lo que pueden decirnos a los seres humanos del presente.

Al presentar los comentarios de textos de mujeres, uno de los objetivos era buscar en textos escritos por mujeres medievales, qué espacios materiales y simbólicos ellas acotaban, reivindicaban y reinterpretaban con su voz y con la decisión de escribir en una cultura que era abiertamente hostil a que las mujeres hicieran uso público de la palabra, hostil a que ellas manipularan el verbo (179).

Ésta es, además, una lectura de mujer y en la introducción se insiste mucho en ello: "Me interesa pues sexualizar mi lectura en el sentido de marcar diferencias entre la experiencia histórica de las mujeres y la experiencia histórica de los hombres. Porque, según yo, en Occidente la diferencia que marca el sexo es una diferencia socialmente construida, pero omnipresente e ineludible". Y poco después agrega: "Sexualizar el análisis quiere decir buscar un nuevo tipo de subjetividad, un tipo de subjetividad que presupone que las mujeres (por nuestro género que se construye sobre la diferencia sexual), tenemos algo que decir y hemos tenido algo que decir en el pasado" (16 y 17).

Después de una introducción que establece las líneas teóricas y metodológicas de la investigación, la autora expone en los dos primeros capítulos, que podríamos llamar de "ambientación temática", las premisas que marcaron la labor de las escritoras medievales: *el miedo a escribir y sus antecedentes, es decir, una tradición hostil*.

En el primero señala cómo los textos hechos por mujeres estuvieron marcados por la necesidad de superar numerosos obstáculos. Entre otros, un profundo prejuicio contra las capacidades intelectuales femeninas. Esto explica por qué

"a las mujeres que escribieron en la Edad Media les costó un esfuerzo extraordinario el llegar a hacerlo. De ahí su machacona insistencia, en su ignorancia, en su debilidad y en su escasa competencia intelectual" (21). Por otro lado, se nos hacen algunas aclaraciones pertinentes sobre el tema: *a) las escritoras formaban parte de una pequeña minoría de la élite culta, y no parece que pensarán escribir para un público femenino, y b) "El texto escrito representa tan sólo una parte ínfima de la cultura de las mujeres de la época"*.

En el segundo capítulo se nos explica que, tanto la tradición grecorromana como la judeocristiana, fueron abiertamente hostiles a una participación activa de la mujer en la vida política y cultural. Las pocas manifestaciones abiertas de igualdad, como las de algunas sectas gnósticas, fueron proscritas y consideradas heréticas. Esta actitud fue, por tanto, otra limitante para la actividad literaria femenina. Y sin embargo, nos han quedado textos escritos por mujeres entre los siglos V y XV, algunos de los cuales son estudiados con gran agudeza en los ocho capítulos siguientes.

El capítulo III titulado "Egeria: el viaje", nos habla de esta mujer que vivió en la Hispania romana del siglo IV y que dejó escrito un

Itinarium de su viaje por el cercano oriente, a donde fue con el pretexto de una peregrinación a los Santos Lugares. El hecho era insólito en una época en la que el papel de la mujer era vivir recluida y sedentaria.; un ejemplo de esto es la clausura de las monjas, para protegerlas de la violencia sexual. En el cristianismo primitivo fueron al parecer muchas las mujeres célibes que viajaban por el imperio dedicadas a la predicación; pero esto fue prohibido y para el siglo IV los únicos viajes permitidos fueron estos que algunas señoras nobles hacían como peregrinas a Jerusalem. Pero más sorprendente aun que el viaje es la insinuación constante en el *Itinarium* de que Egeria no quería regresar. Esta fantasía de un viaje sin retorno es visto por la autora como un rito de pasaje, la superación de una situación de minoría de edad.

El capítulo IV, llamado "Radegunda, Agnes y Baudonivia: La alimentación", sirve a la autora para hablarnos de la importancia que tenían las mujeres en la preparación y custodia de los alimentos. Los cuatro personajes de este capítulo están así relacionados con la comida. Radegunda, santa anoréxica entregada a rigurosos ayunos y fundadora de una comunidad monástica en Poitiers; Agnes, su compañera y abadesa

del convento, que vivía entre la vida ascética y la actividad culinaria; Baudonivia, monja escritora merovingia que dejó una biografía de la santa; y Venantio Fortunato, clérigo y poeta italiano a quien Agnes preparaba sabrosos platillos, y que también escribió una vida de Radegunda. La extraña relación entre los cuatro personajes permite a la autora hacer algunas especulaciones sobre el lesbianismo, la anorexia y el ayuno en relación con el cuerpo femenino no aceptado, y sobre la simbología del alimento.

En el extremo opuesto de las laicas y monjas ascetas y célibes, los pensadores medievales colocaron a las madres, no consideradas como santas sino muy tardíamente. Un ejemplo solitario es Dhuoda, de quien trata el capítulo V. Esta mujer aristócrata de la Francia carolingia del siglo IX., escribió un *Liber Manualis* para su hijo, separado de ella desde temprana edad. En éste confiesa que le daba pereza rezar, pero que le gustaba leer, cosa que recomienda su hijo. A partir de este personaje, la autora realiza sugerentes disquisiciones sobre el papel que juega la madre en la educación de los hijos varones.

El capítulo VI trata de "Hrotsvitha de Gandersheim: La sonrisa, la risa y la carcajada". Esta mu-

jer noble, canonisa en el monasterio sajón más importante de la época otonida (siglo X), es quizá una de las escritoras medievales más conocidas, pues de ella queda un gran número de textos. Mujer vinculada con la corte, escribió obras de teatro (de hecho este género renace con ella), vidas de santos y un poema épico sobre las batallas de Otón I. En muchas de sus obras, la famosa escritora (en forma velada, pues su época no se lo permitía) utilizó la risa como un medio de oponerse a la dominación de lo masculino.

Es sin duda el capítulo VII, "Trótula: el cuerpo de la mujer", el más logrado, a mi modo de ver. En él se habla de un tratado de medicina (*De mulierum passionibus*), que contiene consejos sobre salud y belleza para las mujeres, y que fue atribuido en la Edad Media a una partera. Durante esa época, las mujeres recibían a menudo atención de otras mujeres en sus enfermedades, pues el recato moral les imponía el ocultamiento de su cuerpo, incluso a los médicos. Trótula escribió su tratado en ese contexto y fue una de las obras médicas más difundidas en su época. Sin embargo, en el Renacimiento se consideró que Trótula no era mujer, sino un médico que había firmado con pseudónimo. La autora pone este caso como ejemplo

de los prejuicios que había para reconocer que la mujer podía desarrollarse en forma brillante en el terreno de las ciencias.

En el capítulo VIII, "Marie de Francia: el infanticidio", se nos refiere la historia de esta mujer noble del siglo XII como un ejemplo del importante papel que desempeñó la mujer en la cultura cortesana. María de Francia escribió varias narraciones cortas en verso (*Lais*); una de ellas, "Fresno", trata de una niña recién nacida que se libra de ser asesinada. El tema sirve a Rivera Garretas para hablarnos del infanticidio femenino en la Edad Media—que fue tan común en Europa como en otras culturas del planeta— y del sometimiento absoluto de las mujeres a los hombres.

Desde la antigüedad, la autobiografía fue un género literario propiamente masculino. Sin embargo desde el siglo XIV, este género, que había tenido algunas representantes mujeres, tuvo su primera gran expresión femenina en Leonor López de Córdoba, noble, consejera de la reina regente Catalina, que contó su azarosa vida en la turbulenta Castilla de fines del siglo XIV y principios del siglo XV. Su experiencia y la importancia de su obra son tratadas en el capítulo IX "Leonor López

de Córdoba. La autorrepresentación".

El libro termina con el capítulo dedicado a "Christine de Pizan. La utopía de un espacio separado". Esta autora italiana radicada en Francia es para Rivera Garretas la más interesante de todas las que ha tratado. Su importancia radica no sólo en que Christine fue la primera mujer dedicada a escribir en forma profesional y a defender abiertamente el carácter femenino frente a los escritores misóginos de su tiempo; Christine fue además la autora de la primera obra donde se concibió "un espacio exclusivamente de mujeres": *Le Livre de la Cité de Dames*.

El capítulo dedicado a Christine Pizan, una de las primeras apolo-gistas de Juana de Arco, su con-

temporánea, es el colofón perfecto de un libro sobre textos y espacios femeninos en la Edad Media. Un libro ameno y a la vez profundamente sustentado. Un libro con una metodología impecable y una bibliografía exhaustiva en la que se incluyen obras tanto históricas como antropológicas. Un libro, en fin, que estudia el pasado para comprender el presente, para luchar por la liberación de esa mujer que todos, hombres y mujeres, llevamos dentro.

Antonio Rubial

María Milagros Rivera Garretas, *Textos y espacios de mujeres, Europa, siglo IV-XV*, Barcelona, Editorial Icaria, 1990.